

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

El descuido y abandono de los escritores en consignar las noticias históricas de los hombres distinguidos de su tiempo, es para los sucesores causa de justa reconvención, sin hacerse cargo de que ellos mismos suelen usar con sus contemporáneos de igual injusticia, que les será igualmente echada en cara por los que vendrán despues.

Y este abandono, y esta dificultad de averiguar los sucesos, se hace sentir tanto mas, cuanto mas cercanos están á nuestros dias; de suerte que, tratándose de formar artículos ó noticias biográficas, nos es mas fácil escribir uno de Cervantes ó de Lope, que otros de Iriarte ó de Cienfuegos, que murieron ayer. No parece sino que los hombres están convenidos en negar su atención, y desdeñar el estudio de los que vieron y trataron, para consagrar sus vigilias y diligencia en busca de tradiciones y recuerdos vagos, de los que los siglos anteriores miraron con igual desden.

Estas reflexiones nos han venido naturalmente á la pluma, al tiempo de querer trazar este ligero bosquejo de uno de los autores privilegiados del siglo anterior; del crítico audaz, cuyo carácter turbulento escuchó á la vez el entusiasmo del público y el encono de los escritores; del autor patriota, que por un exceso de celo, se dejó arrastrar á los mas violentos estravíos en defen-

sa de una causa noble y justa, la causa de la antigua poesia nacional.

Todos los libros que hemos tenido á la vista para trazar estas líneas; las obras de los Sres. Semper, Signorelli, Butervek, Sismoudi, Bourgoín, Laborde, Martinez de la Rosa, y Quintana nos suministran diversidad de juicios críticos mas ó menos estensos y razonados acerca de GARCÍA DE LA HUERTA, como autor; pero todos son harto escasos en proporcionarnos datos del hombre, es decir, de aquellas circunstancias en que le colocó la suerte, y que pudieron influir en su desmedido orgullo, su activa independendencia, y su animosidad contra todo lo que le rodeaba. Faltos, pues, de estos datos, hemos recurrido á buscarlos á otras personas y á otros documentos mas allegados á este escritor; pero desgraciadamente tampoco han podido satisfacernos tan cumplidamente como deseábamos, y únicamente hemos podido reunir algunas breves indicaciones biográficas, que espondremos juntamente con nuestro propio juicio sobre el carácter y obras del autor.

DON VICENTE ANTONIO GARCÍA DE LA HUERTA nació en la villa de Zafra, obispado de Badajoz, en 9 de marzo de 1734, y fue hijo legítimo de D. Juan Francisco García de la Huerta, y de Doña María Muñoz, personas

25 de setiembre de 1812.

ambas de calificada nobleza. Hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, y antes de concluirlos vino á Madrid, donde contrajo matrimonio en 10 de abril de 1747 con Doña Getrudis Carrera y Larrea, natural de aquella ciudad.

Desde sus primeros años demostró con repetidas obras su inclinación á la poesía; y entre otras de las primeras que contribuyeron á darle celebridad, puede citarse la *Egloga de los pescadores*, leída en 1760 en la distribución de los premios de la academia. Estos versos y otra multitud de composiciones que diariamente salían de su pluma, la arrogancia y osadía con que desde un principio se anunció como el restaurador del gusto nacional fuertemente atacado en las obras de los Luzanes, Montianos y otros preceptistas á la francesa; su juventud; su belleza personal; el desenfado de sus modales, y la brillante posición social en que muy luego se colocó como bibliotecario de la real, oficial de la secretaría de Estado, é individuo de todas las academias, atraieron á Huerta el favor del público, y el fácil acceso á la mas elegante sociedad, á par que la envidia y encono de casi todos los escritores de su tiempo.

Pero Huerta, en vez de desarmar á estos, y hacerse mas y mas digno de aquellos con su estudio y adelantamientos, prefirió mas bien envolverse en la nube del incienso que quemaba en sus aras el vulgo admirador, y lanzar desde allí rayos acerados, continuos, indiscretos, contra todos los que osaban negarle el tributo de adoración; protestando audazmente contra toda regla que no fuese su capricho, y convirtiendo en absurda una causa, cuyo origen era loable, á fuerza de indocilidad, de acrimonia y de jactancia.

Una desgracia doméstica, de la cual no tenemos datos suficientes para consignarlos aquí; pero que podemos atribuir tambien á la extravagancia y fiereza de su genio, le hizo decaer rápidamente del favor de la corte, hasta el extremo de ser privado de sus empleos, y confinado á la plaza de Orán, donde permaneció algunos años. Pero Huerta no por eso se desanimó, ni cedió un punto de sus arrogantes pretensiones; y el público, interesado mas y mas por él á causa de su adversidad, continuó recibiendo con entusiasmo sus producciones líricas, en todas las cuales parecia afirmarse en sus extravíos, su obstinación y su independencia.

Regresado despues á Madrid, no quiso volver á sus antiguos empleos, por no querer hacer para ello solicitudes le que parecían incompatibles con su honor ofendido y su inocencia; y creemos que por entonces estuvo únicamente ocupado en la casa del duque de Alba, uno de sus mas decididos favorecedores.

Durante su larga ausencia, las nuevas doctrinas literarias se habian desarrollado notablemente; el gusto del público, dirigido por hombres tan aventajados como Jovellanos, Iriarte, Forner y Moratin, habia cambiado casi del todo; y Huerta en lo mas vital de su carrera, en lo mas encumbrado de sus mantas, se veía atacado continuamente por hombres á quienes el habia mirado con desden, y que ahora volaban ya á su altura á impulsos del aura popular.

No era hombre Huerta de ceder un punto en su sistema por este contratiempo. — A las apreciables obras de sus contrarios respondia con amargas sátiras, y afectado desden; á los punzantes epigramas que aquellos le devolvían, contestaba con denuestos, y tratándoles poco menos que de traidores á la patria, por su manía en imitar las obras extrangeras. No contento con esta lucha interior, ni bastándole á desfogar su carácter pro-

caz, promovió otra no menos acre con los escritores franceses, italianos y de todas las naciones, que no confesasen y sostuviesen la infalibilidad de Calderon y de Góngora. — En sus escritos críticos (que por fortuna son hoy apenas leídos) se vé lo que puede estraviarse la razón de un hombre de talento, cuando echa por el camino del orgullo y de la intolerancia. Allí se trata nada menos que de *imbéciles á Racine* y á Corneille; se proclama altamente ignorante al público francés; se dicen mil desatinos de los escritores italianos; y hasta la figura colosal de Voltaire, que por entonces llenaba la Europa, queda acribillada á impulsos de los fieros dardos de nuestro poeta estremeño.

Desuando probar sus asertos en favor de la escelencia del antiguo teatro español, emprendió Huerta en 1785 la publicación de una colección de comedias de las que él creyó mas perfectas de Calderon, Solís y otros autores; pero desgraciadamente ni su gusto propio ni el de la época, eran para hacer con buen juicio esta elección; por manera, que si fuera posible achacar monotonía al magnifico y aun ignorado tesoro de nuestro antiguo repertorio dramático, seria buen documento la colección de Huerta, en que dió casi esclusivamente preferencia á las comedias de *intriga* descuidando completamente los otros géneros, y mostrando parcialidad esclusiva con unos autores, al paso que afecta olvidar á otros, y entre estos nada menos que á Lope, Tirso de Molina, etc. — Los juicios que hace de aquellos y de sus comedias son igualmente apasionados, escasos de criterio, de suerte que esta colección ha llegado á desaparecer justamente, y únicamente hallamos de apreciable el tomo último en que inserta un Catálogo de mas de seis mil títulos de comedias españolas.

Pero lo que hay que observar con sorpresa es que este mismo hombre, que proclamaba tan alto su sistema, y que negaba á su siglo la facultad de tener un gusto distinto del anterior; que anatematizaba á los clásicos de allende y á sus imitadores de aquende, hasta el extremo de ponerlos fuera de la ley del sentido comun, cediese luego insensiblemente á la fuerza del gusto dominante, y se dejase arrastrar á su pesar en la práctica por un camino tan distinto del que trazaba en teoría.

Con efecto, las obras dramáticas de Huerta, (las mas notables y mejores de las varias que escribió) vienen de todo punto á dar razón á sus contrarios, y demuestran bien á las claras que su talento era capaz de convencerse, aunque sin confesar ni creer él mismo en su convicción.

Esta circunstancia envuelve tal contradicción, y da tal carácter de extravagancia al personaje, que apenas podemos comprenderle los hombres de este siglo, cuando despues de saber que ocupó la mayor parte de su vida en atroces diatribas contra los preceptistas y galomanos, vemos luego en sus obras dramáticas una tragedia griega (AGAMENON VENGADO), una traducción del francés de ese mismo Voltaire blanco de sus tiros (XATRA), y una tragedia española con las formas clásicas (RAQUEL).

Esta última, la mas importante de las producciones de Huerta, y la única que hoy hace recordar su nombre con aprecio, en medio de su sujeción á los preceptos de Horacio, es sin embargo la espresion del pensamiento noble en sí aunque exagerado, que inspiró á Huerta toda su vida; el de restaurar la pompa, originalidad y bizarría de nuestro teatro nacional contra el amanerado disfraz de que pretendian vestirle los críticos transpirenaicos. Y ojalá que mas afirmado en su juicio, hubiera prescindido en su obra de ciertas reglas, que ahora se tienen ya por inútiles, como las unidades de tiem-

po y lugar; entonces hubiera demostrado mas y mas la verdad que ciego de pasión acometía, y no adoleciera de los mismos defectos que pretendía combatir.

Esto no obstante, y aunque aprisionado en la complicada red, que los críticos preceptistas se complacían por entonces en estender sobre toda obra del genio, aunque dominado á su pesar por la fatal condición que el público de la época imponía con pesado hierro á su mano; cuánto no campea en la *Raquel* el altivo pensamiento, la generosa independencia, la lozana imaginación de aquel paladín de nuestras antiguas glorias literarias, de aquel imprudente defensor hasta de los extravíos del genio español!

Por muchos que sean los años trascurridos, por mucho que los sucesos y las alteraciones de la época hayan influido en nuestro modo de ver y juzgar las obras literarias, todavía no hemos perdido del todo el gusto español, y un cierto orientalismo en las ideas que nos hace simpatizar con aquellos talentos que se nos revelan con cierto aparato de formas, pompa y magnificencia en la expresión.

La aparición de *Raquel* en el teatro español en 1778 fue para Huerta el apogeo de su triunfo; no de estos triunfos momentáneos y desabridos que hoy están en uso, y consisten en que cuatro amigos pidan á voz en grito que se les saque á las tablas al autor, sino triunfo tan espontáneo, inmenso y verdaderamente nacional que acaso no tiene otro semejante en los fastos de nuestra gloria literaria. Baste decir que todos los teatros de España la pusieron simultáneamente en escena; que mientras el autor preparaba su impresión fueron sacadas á mano mas de dos mil copias para las Américas, y que reproducida después por la prensa hasta once veces en vida de su autor, llegó á poco tiempo á ser tan popular, que desde el rey hasta el último manolo de Lavapiés repetían de coro aquellos magníficos versos de la exposición.

«Toda júbilo es hoy la gran Toledo» etc.

Ocasión era esta para juzgar desapasionada y concienzudamente, á mas de sesenta años de distancia, esta célebre y singular producción; pero sería de nuestra parte sobrado atrevimiento después del esquisito análisis de ella que con la suma de conocimientos, gusto y buena fé que le distinguen consignó en sus obras críticas el Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

Las nuevas doctrinas literarias (que parece haber anticipado Huerta mas de medio siglo) han venido sin embargo á justificarle, en términos, que hoy los críticos mas juiciosos, y entre ellos los Sres. Martínez de la Rosa y Quintana, parecen echarle en cara su docilidad á plegarse á las unidades de tiempo y lugar, docilidad involuntaria que le fue impuesta como queda dicho, por su época, y que realmente constituye el defecto principal de la *Raquel*; pues es bien seguro que con mayor amplitud para esplayar su argumento que el angustioso término de un día, y el escaso espacio de un salón, hubiera Huerta podido desplegar mas medios en la conducción de la intriga, y mas verosimilitud en la catástrofe.

Pero sea de esto lo que quiera, y disculpado de antemano por aquellos inconvenientes, todavía la *RAQUEL* es á nuestro modo de ver la tragedia mas altamente española, en su esencia y conjunto, que ostenta nuestro teatro moderno: su expresión la mas noble y espontánea, y su versificación la mas rica y armoniosa que jamás se oyó en nuestra escena. Todavía hoy, después de tantos y tan apreciables autores como han enrique-

cido esta, es imposible desentenderse del encanto en que constituye su lectura; todavía una vez leída, es imposible olvidarla ni confundirla con otra alguna. Y decimos leída, por que los hombres del siglo actual no hemos podido tener el placer de verla representada en nuestros teatros, pues unas veces por causas políticas, fáciles de adivinar, y otras por los diferentes gustos literarios, no recordamos que haya sido ejecutada en nuestro tiempo, injusticia notoria con la primera joya de nuestra escena trágica, que estamos seguros sería vengada en el día de aquel desden por el entusiasmo del público espectador (1).

Nueve años después de su ostentoso triunfo, víctima siempre de los continuados tiros de sus adversarios, aunque repeliéndolos con igual fuerza, murió D. Vicente García de la Huerta, en Madrid el día 12 de Marzo de 1787 en la calle del Lobo, número 25, siendo sepultado en la parroquia de San Sebastian. Dejó un hijo llamado D. Luis, teniente de artillería.

La saña literaria; (la mas apasionada y duradera de todas) que tanto le había molestado en vida, no perdonó siquiera su tumba, y todavía la tradición nos conserva un burlesco epitafio, que se atribuye á Iriarte, y que decía:

«De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,
aquí HUERTA el audaz descanso goza:
deja un puesto vacante en el Parnaso,
y una jaula vacía en Zaragoza.»

La posteridad, empero, exenta de la animosidad que inspiraba á sus contemporáneos por su carácter díscolo y altanero, debe apreciar justamente al gran poeta, sin hacer alto en las debilidades del hombre.

M.



(1) Estamos tanto mas seguros de esta nuestra opinión, cuanto que pensamos que en el día padría hacerse en el teatro del Principe con todo el aparato y buena ejecución que exige, distribuyendo los papeles de este modo: — Alfonso Octavo, Sr. Luna. — Raquel, Sra. Díez. — Hernán García, Sr. Romea. — Garcerán, Sr. Sobrado. — Rubén Sr. Lopez. — etc.

EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA.

NOVELA ORIGINAL.

(Véase el número anterior.)

III.

LA MADRE Y LA HIJA

En la calle del Clavel, no lejos del sitio donde antes había un convento, y en el día se encuentra la plaza llamada de Bilbao, vivían en un piso principal dos señoras, al parecer extranjeras, notable la una por su ademan resuelto y excesivo lujo, y por la pureza de su rostro la otra, así como por su poco cuidado en el vestir. Atribuía tal diferencia la gente murmuradora á motivos que nada favorecían á la primera, al paso que ensalzaban á la segunda, mucho mas jóven y de una fisonomía algo mas encantadora, por mas que estuviere oculta bajo los pliegues de un mal prendido velo, ó las estensas alas de un sombrero no muy de moda.

Hacia medio año desde que esas dos señoras ocuparon aquella habitacion, sin que los demas vecinos de la casa, un tanto aficionados á averiguar vidas ajenas, hubiesen podido saber quiénes eran, de dónde venían, ni nada concerniente á su posicion y circunstancias. Observaban el boato de la mas entrada en años, sus numerosas visitas, su continua alegría y sus no interrumpidas diversiones, y al mismo tiempo que la envidiaban, cosa muy puesta en razón, compadecían á la mas jóven, eternamente encerrada, siempre solitaria, y sin otro adorno que sus gracias, que por cierto eran muchas. Todo esto les llamaba la atención, despertando mas y mas su curiosidad, y el deseo de indagar los grandes misterios que sin duda alguna debían envolver la vida y las acciones de las dos advenedizas.

Para saciar esa curiosidad, apelaron al criado de las damas, hablador como todos, y como todos dispuesto á murmurar de sus amos, vengándose así de la suerte que los condena á ser sus inferiores. De ese criado adquirieron las siguientes noticias, que voy á referir á mis lectores sin comentarios de ninguna especie.

—En 1826 se presentó en París un emigrado español, condenado á muerte en su patria por delitos políticos. En el *Hotel de la Victoire*, donde estuvo aposentado algunos días, conoció á una cantarina italiana, que apenas contaba cuatro lustros. Bien parecido, jóven aun y esperto en las lides amorosas, logró encender una viva pasion en el alma de la cantarina, que despues de haber contraído con él matrimonio, dejó á París, y se fue á Venecia, en cuya ciudad dió á luz una niña, hermosa como la flor mas bella de los Alpes.

Allí vivieron algunos meses los dos esposos, mas de resultas de una gran reyerta, condujo la actriz secretamente á su hija á la aldea de Possagno, situada en medio de un delicioso valle protegido contra los vientos del mar por una muralla de fértiles colinas, y admirables por la pureza de sus aguas: la riqueza de su suelo, la fuerza de la vegetacion y la magnificencia de sus lejanas vistas. En esa aldea dejó la niña al cuidado de una pobre mujer, parienta de su page, partiendo á poco para Alemania en busca de aventuras, de dinero y de aplausos.

Coralina, que así se llamaba la abandonada niña, era

á los catorce años hermosísima en extremo. Sus ojos azules como el lino de los valles; sus cabellos, rubios como el oro; su rostro, bello como el sol de su patria; su frente, tersa y para cual las aguas de los tranquilos lagos, y su cuerpo, flexible como los juncos que crecen en sus orillas, la hacían tan perfecta, que hubiera podido servir de modelo para sus estatuas al célebre Cánova, natural de ese mismo Possagno que albergaba en su seno á tan linda criatura.

Amante por instinto de la música, aun era muy niña Coralina cuando ya encantaba á los habitantes de la aldea por la robustez y estension de su voz, y la melodía con que entonaba ya una melancólica balada alemana, ya una tierna barcarola escrita en el dialecto veneciano, ó ya un fragmento mutilado de cualquiera ópera antigua ó moderna. Un célebre compositor, que fue á recoger inspiraciones al seno de los Alpes, cultivó las felices disposiciones de la jóven Veneciana, enseñándola la música escrita, que aprendió con admirable facilidad, así como á tocar el órgano de Possagno, cuyas teclas oprimidas por sus tiernos y delicados dedos, derramaban torrentes de deliciosa armonía. También logró distinguirse en el ejercicio de la danza á muy pocas lecciones que recibió de una antigua bailarina del teatro de Venecia, que fue á buscar á Possagno aires mas frescos y atmósfera mas pura.

Mientras la linda flor de los Alpes exhalaba sus perfumes en aquel paraíso terrestre, vagaba su madre por la Italia y la Alemania, cuyas principales ciudades corrió, cantando en todos sus teatros, y recogiendo en todos ellos abundante cosecha de oro y de laureles. Mas al fin abandonó semejante vida, y despues de haber sido coronada en Nápoles, donde resonaron sus últimos acentos, por una resolucion tan repentina como su salida de Venecia, retiró á su hija de la aldea donde corriera su infancia, y con ella y dos criados de confianza atravesó los Alpes, cruzó la Francia, y vino á establecerse en Madrid en la calle que ya conoce el lector.—

Esto es lo que contó el criado italiano á los vecinos de las dos extranjeras, que en aquel instante sin duda se hallaban muy lejos de imaginar eran objeto de la charla de un criado infiel, y de la admiracion, ya que no de la crítica, de una docena de personas aposentadas en su misma casa.

Pero no se limitó á dar tales noticias aquel maligno criado, pues al hacer el retrato físico y moral de la cantarina, á vuelta de algunas risueñas pinceladas, trazó otras de un color sombrío, que contrastaba maravillosamente con el de rosa que prestó á su pincel para retratar á la hija. El lector me permitirá que á fuer de historiador exacto me haga por un momento órgano de la charlataneria de un fámulo genovés.

Decía, pues, que la cantarina italiana, fresca y hermosa á pesar de sus treinta y cinco años, era muy aficionada á la vida aventurera y vagamunda, y algo dada á toda clase de placeres, pero sobre todo á los del amor, y que por esto no perdonaba diversion alguna, y ora se la veía en un teatro, ora en un baile, ya en una aristocrática reunion, ya en una casa de baja esfera, unas veces escandalizando con su desenvoltura, y otras causando admiracion con su hipócrita modestia, siempre magníficamente ataviada y respirando en una atmósfera de aromáticos perfumes. Pero añadió que á veces frecuentaba las iglesias, edificando con su recogimiento y profunda humildad, tanto al pie de los altares como en la rejilla del confesonario.

En cuanto á su hija, no podía ser de carácter mas opuesto. Religiosa sin hipocresía, sencilla en sus moda-

les, pura de acción y de pensamiento, dócil en extremo, y arrojada ciegamente en brazos de la providencia, nada pedía ni nada aguardaba, á pesar de que su belleza y las gracias de su juventud hubieran podido engañarla, haciéndola concebir esperanzas de alcanzar una suerte brillante. ¿Mas qué mucho que no pensara en el porvenir una niña criada en el seno de los valles, que ignoraba las vanidades del mundo, y vivía en otro ideal, bello como sus dorados ensueños, y puro como las ideas que surcaban su mente? Por eso no seguía las huellas de su madre, y sola la inocente niña y aislada en medio de la sociedad, pasaba sus días tranquilos, sin otro afán que tornar á su patria, respirar el aroma de sus flores, beber el agua de sus arroyos, y contemplar desde la empinada cresta de los Alpes las hermosas llanuras de la Lombardia, el mar Adriático flotando en el horizonte como un velo azul, y el inmenso Veneciano, bello con la pureza de su cielo, las claras aguas de sus pacíficas lagunas, y el aire embalsamado de sus montañas.

He aquí en resumen cuanto manifestó acerca de las italianas el hablador Jacobo, cuyas picantes alusiones hacía la madre bien pudieran perdonársele, en gracia de la naturalidad con que nos la bosquejó el lindo retrato de la hija.

IV.

UN AMOR SIN ESPERANZA.

Convertido Madrid durante tres meses del año en un horno ardiente, en vano sus habitantes corren en pos de un poco de aire vital, porque ni en las casas, ni en las calles, ni en los paseos se respira fresco alguno: abrasadores los días, y sofocantes las primeras horas de la noche, no hay otro recurso que abandonar la corte, ó resignarse á sufrir los calores del estío, hasta que el Guadarrama tenga á bien enviar á la fatigada población la frialdad de sus nieves, y la crudeza de sus helados vientos.

Una de esas ardientes noches, fuéronse á sentar dos damas al pie borde estanque del Buen-Retiro, jardín que con razón puede llamarse un verdadero Oasis en medio de la aridez del desierto, y mientras la una se puso á jugar con un perrito danés, la otra fijaba sus ojos en las aguas del espacioso lago, ó los alzaba á la inmensidad de los cielos, complaciéndose en acompañar á la luna en su magestuosa carrera. ¿De qué nacía semejante distracción? Víctima de la ausencia, ¿aguardaba á algún ser querido? acaso la esperanza engañada arrojaba sobre su frente el velo de tristeza que la cubría? ó era por ventura alguna mujer superior y de grandes pasiones, que aspiraba á brillar sobre un espléndido teatro, como el águila enjaulada aspira á contemplar de cerca el brillo y la pureza de los rayos del Sol? ¿Quién sabe! Condenada quizá al reposo y la cautividad, acaso buscaba emociones de viaje, y recorría allí en su mente á par de la luna los lugares que alumbraba el astro silencioso, ilusión que tal vez la hiciera volver mecos triste al lugar de su cautiverio.

Así permanecieron un gran rato las dos damas, hasta que una de ellas rompió el silencio, diciendo á la otra:

—¿Será posible, amada Coralina, que no deseches esos negros pesares que corroen tu corazón? De que te sirve sufrir un día y otro día, afligiendo á tu amiga, que dió la mitad de su vida por arrancarte á esa tristeza que te consume?

—Tienes razón, querida mía, respondió llorando la joven veneciana; tienes razón, y yo misma muchas veces me he dicho lo que tú acabas de decirme; pero todo es en vano, porque ni la propia reflexión, ni las blandas y cariñosas reconvenciones de una amiga pueden desterrar el dolor de un alma herida, cuando el dolor ha llegado á echar en ella estensas y profundas raíces. Sin padre, teniendo por madre á una mujer de quien jamás he recibido una caricia, extranjera y sola, y sin esperanzas de volver á mi país, ¿qué quieres que haga? llorar y gemir, único consuelo que me queda.

—También yo, hermosa niña, me he visto como tú en una tierra extraña, sin pan y sin vestidos, y he suspirado largo tiempo por volver á mi patria. Si me hubiera dejado llevar de la desesperación ó del abatimiento, acaso no estaría en Madrid, y hubiese succumbido á la violencia de mis sufrimientos. ¿Quién puede conocer la suerte que te está reservada? ¿No eres poseedora de una cosa que te faltaba? ¿No tienes una amiga, tal vez una madre?—

Al escuchar estas palabras Coralina se arrojó en los brazos de su amiga, y estrechándola contra su corazón, derramó en su seno un torrente de lágrimas. ¡Pobre niña! extranjera y sola como dijo, había encontrado una persona á quien confiar sus penas, á quien prodigar sus caricias, y de quien era amada como una hija. Y no es extraño que reinase tal acuerdo entre ellas, y que se quisieran tanto, si se atiende á que su amistad nació en un lugar sagrado, y en él fue cimentándose poco á poco. En el oratorio del Caballero de Gracia, donde Coralina oía misa los días de fiesta, viéronse por primera vez las que después fueron amigas, la simpatía las unió, y el cariño formó unos lazos que debían ser indisolubles.

Desde entonces Coralina empezó á salir sin que su madre se mezclase en sus acciones, y siendo su amiga casi de doble edad que ella, se entregó ciegamente á su dirección, aceptando sus consejos, y siguiéndolos como si proviniesen de su propia madre.

En todo este tiempo se mostró muy tranquila la veneciana, sin que la inquietase su futura suerte, velada en las espesas nubes del porvenir. Por eso Matilde extrañó la repentina mudanza que en el carácter de la joven se advertía, y se afanaba allí á sus solas por comprender el origen de la tristeza que había reemplazado á la habitual tranquilidad de Coralina, mas no pudo lograrlo, limitándose á consolarla, sin atreverse á penetrar un secreto que á toda costa parecía querer guardar.

Sin embargo, fue más poderoso en ella el deseo de endulzar sus pesares que cualquiera otra consideración, y tanto rogó á su amiga, y tales protestas de cariño le hizo, que al fin reveló la verdadera causa de sus tormentos, que provenían nada menos que de haber puesto su amor en un manco desconocido con quien hubo de bailar un vals en el salón de Villa-hermosa, una noche que á él concurrió acompañada de Matilde.

No obstante el poco decoro con que fue tratada por el manco, quien la confundió con la multitud de mujeres mundanas que infestan los más brillantes salones de Madrid, quedó su imagen grabada en el pecho de Coralina, y desde esa noche sintió la pobre niña agudos dolores, que se aumentaban á medida que con el tiempo perdía la esperanza de encontrar al gallardo manco, quien probablemente correría desbocado por la senda de los placeres, mientras que una joven pura y bella moría por él de amores, y calaba sentidas que-

jas contra el destino que la había arrebatado su antigua calma y su anterior inefable tranquilidad.

No sé lo que diría Matilde á Coralina despues de haber averiguado la causa de su tristeza, y lo siento, porque conocedora al parecer del mundo, buena amiga, y poseyendo si no me engaño ese tacto particular que algunas mujeres tienen para juzgar de la intensidad de los males del alma, sus palabras podian revelarnos si el amor de la veneciana era un fuego fácil de apagar, ó la llama devoradora de un volcan, pronta á abrasar un corazón sensible, dejando á su alrededor por despojos lava y ruinas.

(Se continuará.)

JOSE MANUEL TENORIO.

ESPAÑA PINTORESCA.

BRIVIESCA Y SUS CERCANIAS.

Las quejas de los amantes de nuestras obras maestras y bellezas artísticas son tan repetidas como desgraciadamente justas, pues apenas se hallará poblacion, que no preste sobrado motivo para lamentar la pérdida de una pintura, de una estatua, de un sepulcro, de un altar, ó de un edificio entero, por el criminal abandono con que nos acostumbramos á ver perecer estas inapreciables riquezas.

La villa de Briviesca, á siete leguas N. E. de Burgos, contiene preciosidades poco conocidas, y que serán bien pronto envueltas en la destruccion comun, si el gobierno no las tiende una mano benéfica que las salve. En el año de 1838 nombró la diputacion provincial una comision compuesta de personas de celo é ilustracion, para reconocer y conservar los objetos artísticos de conocido valor, diseminados en la provincia; pero esta prudente disposicion quedó muerta en su origen por falta de otras, que debieron ser su consecuencia. Uno de los nombrados fue Don Miguel Madinaveitia, oficial retirado de ingenieros, y celador facultativo de caminos, avecindado en Briviesca, que concibió la idea de sacar en azufre moldes de los infinitos bajos relieves y arabescos del retablo de monjas de Sta. Clara, del que se tratará mas adelante. Su traslacion á Dueñas, y últimamente á Vitoria, agraciado por el ayuntamiento con algunas cátedras, hizo que no se llevase á efecto tan buen pensamiento. De los trabajos ejecutados por este benemérito patriota tenemos entre otras cosas, un banco de Pudinga descubierto en la aldea de Salinillas, del cual pueden sacarse grandes ventajas, labrando variedad de sus colores; y el spato fluor tan abundante, que de uno sanguinolento y cristalizado está formada la cuadra de la casa que habita en Pancorbo el presbitero D. José Ortiz, cuyas muestras se embiaron al gobierno, con las de otros minerales de las inmediaciones de Briviesca.

Esta villa, que en el dia tiene setecientos vecinos, estuvo antiguamente sitiada en la pendiente oriental de la cuesta llamada de S. Juan sobre el rio Oca; su fundacion es desconocida, y probablemente la hallaron los romanos con el nombre de Birovesca, puesto que Plinio el viejo dice

que en aquel tiempo se ignoraba su principio. Después estuvo al pie de la cuesta, y orillas del rio en cuyas márgenes se hallan frecuentemente cascós de vasija de barro de Sagunto, muchas monedas de tiempo del imperio en toda la colina, y en el término de las lomas dos trozos grandes y bien conservados de la via romana, que atravesaba desde Tarragona á la Coruña. En la guerra de la independencia desapareció el único resto de esta venerable antigüedad, la iglesia colegial de nuestra Señora de Allende del rio, destruida sin necesidad por conveniencia de particulares. Ultimamente se edificó de una vez en el sitio que hoy ocupa con calles rectas y espaciosas, tan bien entendida en todas sus partes, que los Reyes católicos mandaron sirviese de modelo para la planta de la ciudad de Santa Fé en la vega de Granada.

Hace pocos años se arruinaron las paredes de un torreón que llamaban el alcazar, último vestigio de la fortaleza en que celebró cortes el rey D. Juan el primero en 1358, ordenando entre otras cosas muy notables, que los príncipitos Reyes de Castilla se intitulasen príncipes de Asturias. Tal ha sido el abandono en que ha estado el archivo de la villa, que no se conserva en el razon alguna de este acontecimiento, ni de las diferentes traslaciones de la poblacion, y un escaparaté, que honran con título de archivo en la casa de ayuntamiento, no contiene mas papeles que el catastro. No ha sido el menor descuido en conservarla forma de la planta primitiva, que solo subsiste en donde no ha habido interés en destruirla; la iglesia colegiata, el atrio de la parroquia, la mitad de los soportales de la plaza, y muchas casas se han edificado ó en medio de las calles, ó con ángulos tan salientes, que rompen y desfiguran la rectitud y hermosura del todo.

Fue esta villa del señorío de los duques de Frias, desde que D. Enrique el Bastardo hizo donacion de ella al condestable de Castilla, por haber salido este á recibirle allí desde Burgos, hasta que en el reinado de Fernando VII se unió á la corona por la abolicion de los derechos feudales.

Doña Mencía Fernandez de Velasco, hermana del Condestable, dejó por su testamento otorgado en el locutorio de monjas de Santa Clara de Medina de Pomar, donde vivió y murió, los fondos necesarios para edificar un convento de la misma orden en Briviesca, segun los planes que tenia en su poder, y efectivamente arreglado á ellos se construyó el de Santa Clara extramuros, admirable en muchas de sus partes, singularmente en la iglesia y claustro pequeño, que llamaban de las ánimas, porque servia de cementerio á las religiosas. Reunida la comunidad, que se formó, segun disposicion de la fundadora, con la que componia el beaterio de Briviesca, y habitaba en el sitio que hoy ocupa la casa que fue de los frailes confesores, y la que estaba en el beaterio de Cameno, se principió el altar mayor en el año de 1523, y se ajustó en diez mil ducados por Diego Guillen, que lo principió, y Pedro Lopez de Gamiz, vecino de Miranda de Ebro, que lo concluyó.

Es todo de nogal, de una altura sorprendente igual á la nave de la iglesia, y tan rico en estatuas, bajos relieves y arabescos, que seria poco menos que imposible el describirle minuciosamente. Las ponderadas sillerías de algunas catedrales distan mucho de este altar en variedad y perfeccion, y los arabescos de las pilastras, que son numerosas, pueden compararse con los tan justamente celebrados de las logias de Rafael en el Vaticano. Los generales franceses encargaban mucho la conservacion de este primor de escultura siempre que se encerraban prisioneros en la iglesia: ahora la hemos visto servir de al-

macen, sin que se tome la menor precaución, y así no es extraño que vayan desapareciendo muchas piezas colocadas al alcance de las manos del hombre y de la ignorancia. La iglesia es una cruz latina con un octógono espacioso en el centro, y toda de una elevación poco común, y sin ejemplar en templos de su clase: consta de dos cuerpos que así como la bóveda son de piedra sillar trabajada con finura: el segundo cuerpo y la bóveda ocultan su mérito bajo los brochazos de cal con que la embaldurnó y cubrió un hermano lego, que servía de mayor-domo á las monjas, suponiendo que la iglesia parecería mejor blanca, que con el color natural de la piedra. Las dos columnas que sostienen la tribuna de los duques son de bellissimo jaspe verde de Granada. A la salida del presbiterio hay un panteon vacío, de jaspe encarnado del país, sin otro mérito que la magnitud de la piedra que le cubre. Un San Diego de Alcalá en la capilla del lado de la Epístola, es pintura que merece atención, así como el arco rebajado del coro por dentro de la iglesia, y por de fuera está sobre el puente, por el singular capricho con que están puestas las dobelas de las hileras últimas.

Los mismos Guillén y Gamiz hicieron el primer cuerpo del altar de Santa Casilda, llamado de *las reliquias*, en la capilla de los marqueses de Sofraga, en la iglesia colegiata; el segundo cuerpo, y el final son un pegote; es todo de nogal y del mismo estilo que el del convento de Santa Clara, y aunque en menor escala no es menos rico en estatuas y en todo género de adornos: el cabildo que conoce el mérito, le ha conservado siempre con el cuidado que se merecen las obras clásicas, y hoy está como el día en que salió de manos del artífice. Es notable el magnífico arco de entrada de esta capilla, por el gusto de los adornos y por la delicadeza del trabajo.

Hay también en esta iglesia colegiata algunos cuadros en muy mal estado, y uno que se halla en la sacristía, y representa á Nuestra Señora con el Niño, manifiesta en medio de su lastimoso deterioro ser de Murillo. En la misma pieza está un altarcito portátil de los que llaman de campaña, con la Adoración de los magos en el centro, la Anunciación y la Circuncisión en las puertas, es pintura antigua en tabla, y de muy delicada ejecución.

En la parroquia de S. Martín y capilla conocida con el nombre de las Viejas, fundación de los Ruizes de Briviesca, está en el hueco de la pared al lado de la Epístola el sepulcro y estatuas de los fundadores, que tienen la particularidad de ser de piedra de litografía, muy abundante en las colinas al Poniente de la villa, y preferible á la extranjera, según los ensayos hechos en Vitoria por el laborioso litógrafo Egaña. La estatua del caballero está vestida de todas armas, y tan delicada y prolijamente trabajada, con particularidad la cota de malla, que no puede menos de fijar la atención de quien la vea, aunque no tenga conocimientos artísticos. Este sepulcro, digno de ser mirado con la consideración que merecen las grandes obras, sirve muchas veces de trastera, y está cargado de atriles, mezclados con cacheros, pies de cruces, y cestos de la cera de las cofradías. A la entrada de esta capilla, en el altar de Nuestra Señora del Amparo, hay una laminita en bronce, que representa un crucifijo con una Magdalena al pie de la cruz; no tiene nombre de autor, y es de conocido mérito. No hace mucho tiempo que ofrecieron por él al cabildo una suma no despreciable, que no fue aceptada á pesar de esperar un porvenir poco lisonjero, circunstancia que realza sobremanera el honrado celo

y la delicadeza de los beneficiados, que conservaron así en la nación una alhaja, que de otro modo sería hoy adorno de otra extranjera.—A principios de este siglo se halló en una heredad, en los términos de Quintana, Bureba y Bozo, aldeas distantes poco mas de una legua, al Norte de Briviesca, un sepulcro antiguo, vacío, de piedra berroqueña, que donado á los frailes franciscos de esta villa, le destinaron á pila de una fuente en el bosque del convento; suprimido este se ha colocado en la fuente de la plaza, para servir de bebedero á las caballerías menores. Por los relieves de que están adornadas sus cuatro caras, por el gusto de la escultura, y por las memorias históricas del país, puede atribuirsele una antigüedad aproximada de nueve siglos. Los bajos relieves representan monjes y solitarios de uno y otro sexo, con variedad de figuras accesorias de aves, árboles, animales, etc., lo que hace presumir que el sepulcro pertenecía á los monjes que en aquel tiempo habitaban en los pueblos, y sitio en que fue hallado, y que se labró para conservar los restos de alguna persona notable, bien de entre los monjes, ó de entre los solitarios, que según la piadosa costumbre de aquellos siglos, vivían en cuevas á las cercanías de los monasterios, que les suministraban el sustento espiritual y temporal; una media caña combexa, que tenía todo el borde superior, manifiesta que el sepulcro tuvo cubierta, no hubiera sido difícil hallarla con poco trabajo; pues por su pesadez no parece debieran estar lejos una pieza de otra, si acaso no cayó en manos de quien la hizo pedazos, sin merecerle la menor atención, como muy frecuentemente sucede con este género de objetos.

Una de las muchas ventajas que las expediciones á Palestina, conocidas con el nombre de Cruzadas, proporcionaron á la Europa, fue el adelanto en las artes, principalmente en la escultura; cuando los cruzados principiaron á ir á la tierra santa, nuestra escultura era desproporcionada, informe, pesada y exactamente tal como se vé en los relieves del sepulcro; parece que los artistas se esforzaban por dar á sus representados formas atléticas, pero sin proporción: todas las figuras de aquella época son, como vulgarmente se dice, rechonechas, con cabezas desmedidamente grandes, manos exajeradas, y cuerpos tan gordos, que no corresponden al todo, de modo que mas parecen estatuas desfiguradas de enanos, que de aquellos hombres que querían representar. En aquellos siglos el valor y la fuerza eran dos cualidades mas respetadas que el talento, y aun mas que la virtud, y así es que los escultores querían perpetuar la memoria de sus héroes en las efigies, como adornados en sumo grado de aquellas dos especies de divinidades que presidieron á los siglos en que vivían, el valor y la fuerza. A cada paso se hallan en el país de la Bureba estatuas de este género; á él pertenecen las que tiene la fachada de la iglesia del monasterio de Oña fundado el año de 1020 por Don Sancho, conde de Castilla, primero para señoras, cuya abadesa fue su hija Doña Trijidia, después dúplice, y finalmente de benedictinos. Desde que los cruzados principiaron á regresar de Palestina, comenzó á renacer el buen gusto, que progresivamente se ha adelantado á par de las artes y ciencias. La simple inspección del sepulcro manifiesta que su ejecución, así como la de las estatuas citadas de Oña, son de una época anterior á las Cruzadas.

Por las pocas noticias que nos conserva la historia de Santa Casilda se sabe que los monjes de San Millán de la Cogulla habitaron en donde hoy está la aldea de

Boezo, y que en sus inmediaciones había solitarios, de cuyo número fue Santa Casilda, hija de un rey moro de Toledo, que habiendo venido á tomar baños en los lagos de Boezo, para curarse de un flujo de sangre, se convirtió al cristianismo, y se quedó haciendo vida solitaria y penitente en la inmediación del monasterio, en el sitio que hoy ocupa el santuario de su advocación; si hay alguna mas noticia de esta santa estará sepultada en el archivo de San Millán, como que los monjes han sido los salvadores de nuestra historia y literatura en aquellos siglos turbulentos. Este santuario de tan general devoción está á legua y media al poniente de Briviesca, sostenido con decoro, al cuidado del cavildo de la catedral de Burgos, y es de notar en él una cosa, que contrasta admirablemente con cuanto se hace en este siglo positivo, y es que despues de la muerte de Santa Casilda se han olvidado los lagos de Boezo, y las pácientes y devotos que visitan el sepulcro de la santa la piden milagros, sin cuidarse de tomar el remedio natural que aquella bendita princesa vino á buscar desde Toledo.

Esta ciudad fue reconquistada por Alfonso VI á fines del siglo once, en cuyo tiempo con cortísima diferencia salió la primera cruzada, lo que fija casi la época en que el sepulcro fue labrado, que solo puede ser cuando había monjes y solitarios en Boezo y sus cercanías, cuyo establecimiento no se verificó hasta despues de la invasión de los árabes en el siglo VIII, y por poco que sea el tiempo, que demos al sepulcro de posterioridad á este acontecimiento, y de anterioridad á las cruzadas, vendríamos á tomar el tiempo medio en que vivía Santa Casilda, y que su antigüedad es aproximativamente de nueve siglos.

Basta lo dicho para escitar el celo de los que tengan el poder y la voluntad de conservar tantas y tan buenas cosas como van desapareciendo sin utilidad alguna, y con notable perjuicio del interés y del honor nacional.

GREGORIO DEL VAL.



ANTIGÜEDADES DE LUGO.

(Remitido.)

Un descubrimiento importante acaba de verificarse en esta ciudad, que nos confirma la suntuosidad que debió

tener en tiempo que la dominaron los romanos. Siendo colonia romana y convento juridico, es de suponer estuvo embellecida con monumentos grandiosos, cuyos restos nos admiran. El 4 de este mes habiéndose abierto una zanja para construir un caño para las aguas en la calle de Ratitales, á 7 cuartas del pavimento apareció un hermoso mosaico trabajado con esquisito gusto, que los inteligentes creen ha sido el pavimento de un templo dedicado á Diana por los atributos que en él están representados. Sorprendente es su trabajo hecho con suma delicadeza de piecitas de mármol de varios colores. Sus adornos y objetos presentan todas las formas tan acabadas como podian hacerse con el pincel mas exacto. Este hallazgo artistico debido á la obra proyectada por el ayuntamiento escitó la curiosidad y admiración de cuantos se han agolpado á reconocerlo. La sociedad económica con permiso de la autoridad municipal nombró una comision de inteligentes que sacase un dibujo de este precioso mosaico enterrado y olvidado centenares de años, y que se escribiese una memoria descriptiva. Los trabajos continúan, y para muestra de su labor mientras no se remita una copia fiel de todo su dibujo se pensaba acompañar el diseño de uno de sus florones descubiertos en la parte que se supone seria el vestibulo; pero por falta de dibujante, y no ser posible distraer al encargado que lo tiene á su cargo, deja de darse á conocer á los amantes de antigüedades el mérito particular de este rico mosaico superior al descubierto en las ruinas de Itálica, de que se dió noticia en el Semanario número 29 de 1839.—Lugo con su fuerte muralla y otras preciosidades que atestiguan su anterior grandeza debe figurar bajo otra consideración que no tiene en el día, pues encierra restos que los arqueólogos apreciarían sobremanera; pero este descubrimiento sin hacer caso de otros que la imprevisión ó abandono ha derruido, honra al pueblo que lo posee, y debe llamar la atención del gobierno y de los inteligentes para su conservación. Sirva este aviso para que el público sepa por medio del *Semanario*, donde con mas esmero se consignan los hechos históricos, lo que Lugo posee de preciosidades antiguas.

J. T.

En el número próximo insertaremos (sino lo hace antes algun periódico) una memoria, que tambien nos han remitido, sobre este descubrimiento, leida en la Sociedad Económica de Lugo por el socio D. Francisco Armesto, el día 12 del corriente.

SONETO.

AL MIÑO.

SALUD ¡dorado Miño! tu corriente al fin lograron ver los ojos míos! ¡salud, robusto padre de los ríos que cruzan estas selvas mansamente!

Duren en tu ribera eternamente los árboles frondosos y sombríos; y en galardón de tus cristales fríos cina corona de álamo tu frente.

Jamás con rauda furia el recio viento turbe el reposo de tus grutas hondas que engalana el abril de pompa-verde.

Desde tu humilde y pobre nacimiento, hasta do en altas y encespadas ondas tu curso en el Oceano se pierde.